

MÚSICA

EL CONCIERTO DE LA ASOCIACIÓN DE MÚSICA

DESPUÉS de los conciertos instrumentales dados en la Asociación, en lo que va de curso, era indicado dar uno dedicado al arte del canto que rompiera la monotonía y les diera variedad.

Es difícil encajar un concierto vocal en una Asociación de Música del carácter de la nuestra. Puede caerse fácilmente en lo banal, en caso de hacerse concesiones, o resultar excesivamente austero, de no saberse elegir un repertorio agradable dentro de una calidad que no debe faltar.

¿Cuál es, pues, el género más apropiado? No hay duda; el «lieder». Pero surge inmediatamente una dificultad, el contar con el intérprete adecuado ya que son poquísimos los especialistas. De ellos se exige, tanto como la voz, una fina sensibilidad, inteligencia y musicalidad, conjunto difícil de reunir. Como estos artistas sólo pueden dirigirse, para ser comprendidos, a un público muy selecto y, por consiguiente, forzosamente limitado, son contados los cantantes que se consagren a la canción por no serles compensado el esfuerzo que les representa.

Afortunadamente, existen temperamentos con la vocación suficiente para sacrificar el lucimiento personal y el aplauso fácil en pro del arte puro. A este grupo pertenece M.^a Teresa Fius, que ocupó el palco escénico en el concierto correspondiente al mes pasado.

Con indudable acierto, en posesión de unos medios apropiados y dueña de una sólida escuela que le permite expresarse con seguridad, tradujo con eficacia un bien elegido programa en el cual figuraban composiciones debidas a Bach, Caccini, Mozart, Schubert, Schumann, Chopin, Brahms, Grieg, Morera, Millet, Toldrá y Sancho-Marraco. Tuvo que borrar alguna de las obras y añadir el «Minuet» de Apeles Mestres.

El maestro Luis Molins, actuó acertadamente como acompañante logrando ambos, fuertes aplausos del numeroso público.

R.

C. FAGES DE CLIMENT, FINALISTA DEL PREMIO "CIUDAD DE BARCELONA"

EN las votaciones habidas el día 26 del pasado mes en el Palacio de la Virreina de Barcelona para la concesión de los Premios «Ciudad de Barcelona» 1955, ha resultado finalista del premio de Poesía catalana con sólo un voto de diferencia del ganador, nuestro apreciado colaborador y buen amigo el poeta Carlos Fages de Climent, con su conocida «Balada del Sabater d'Ordis».

Como quiera que el presente número está dedicado a la condal villa de Castelló de Ampurias, de donde es natural Fages y desde donde tantas veces ha epigramatizado, sirva esta nota para poner de relieve el lustre literario que a Castelló y al Ampurdán ha dado y da esta figura señera de la poesía ampurdanesa.

EXTRACTO PICTÓRICO DE B. MASSOT

PASEABA fastidiosamente, como muchas veces. La plaza reflejaba la luz eléctrica suspendida en dos focos de un cable. El edificio del Ayuntamiento, con su pesada y geométrica estructura, discordaba entre las casas ya plomizas, con sus tejados moteados de añoso orín. No me fijé en el cielo. Supongo restaría obscuro. Al otro lado, una puerta de rectangulares cristales, uno de los cuales, distinguido, anunciaba, como todas las semanas, una exposición: B. Massot. No le conocía, aunque su nombre me recordó vagamente ciertas composiciones de tendencia naturalista, con sus toques impresionistas. Penetré porque sí, lerdamente, sin prisa alguna.

Su autorretrato es el mismo. Su mirada señala una firmeza casi desafiante. Exterioriza todo el esfuerzo del artista en pos del logro de sus afanes. Sin embargo, su expresión no es ceñuda sino sólida representación de su obra, joven, sinceramente amada y sentida. Ante su fiereza de artista, pero muy humana, me excusé, porque yo, que quiero a veces saber mucho, pretendía ignorar su mundo realmente trasplantado al cartón, con toda su emotiva inspiración. Sus creaciones ganaron sorprendentemente mi consideración, si es que ella algo vale.

A su lado, una muchacha joven. Su espíritu es equilibrio e infinita serenidad. La ternura de su rostro sólo puede dársele a una mujer el amor; y sus ojos así lo expresan. Viste un corte veraniego de tonos oscuros ligeramente negros-grises. El fondo de ambos lienzos (llamémosles inexactamente tales, son cartones), enmarcados en blanco cal, es el mismo, aunados en pinceladas color verde. Dicen algunos que es color de la esperanza. Esperanza y anhelo.

Una niña bañada de azul intenso. Concentra su mirar en un punto indefinido, comunicándole el sentir de su mundo infantil muchas veces inaccesible a los mayores, guardando celosa-

mente sus pequeños secretos en el cruzado de sus brazos. Mi sentir, embebido en arte, quiere ser alegre, y mi vista se posa sobre una «tela» de matices grises y azules combinados. Mis ojos, concentrados en ligero parpadeo, penetran a través de su marco, en un baile al aire libre, mi atuendo también es ahora opaco. Dos parejas danzan, ocultan sus facciones. Mi ancha espalda en primer término mientras contemplo un fumador que exhala el humo del aburrimiento; en el fondo, dos mujeres de imperceptibles rostros. La monótona similitud de los presentes me embarga en su mismo hastío. Cerca de mí, este calvo de nariz larga inicia una mueca que bien pudiera querer ser una sonrisa.

Entre grises y azules, azul y gris, la tristeza más hondamente sentida. Infinitud, en el lugar de la indiferente y bienhechora alegría. La amargura desplaza a la despreocupación.

Aquella noche tuve un sueño. Al despertar dudé si había sido un acto onírico, o verdaderamente vivido. Paseaba. Indudablemente me encontraba en el Ampurdán; a mi derecha Alfar, con su vericuetto dominante, así lo atestiguaba. La realidad de su iglesia descartaba lo contrario. Sin embargo... Aparecía, bermellón crepuscular, amarillo, sin faltar una franja verde de campo, cadmio. Lo admiraba desde el sendero. El celaje era azul, y también bermejo rosado, con grandes franjas blancas de nubes. Este paisaje audaz, indómito y valiente en su cromatismo, anquilaba otra vista de colorido verde que se extendía tildadamente por la gran planicie. Sus calidades eran limpias y bien cuidadas, pero casi estereotipadas. Miré en derredor y aparecía casi exactamente por doquier; acompañada algunas veces de un largo ciprés, recortado en su finura. Parecióme una fotografía de colores, tal vez bonita, de moderna industria; en pinceles, algo suyo e indefinido, resultaba anacrónico. También rememoré — siempre en sueños — que eran calificadas despectivamente de academicistas; y, yo ignoraba en términos precisos el por qué y su exacto significado. Finalmente, Alfar venció al tópic, abriendo mayores deseos al arte y los campos fueron bermellones, amarillos, azules, mates y también verdes; cadmio, esmeralda y oliva. «Las Garrigues» presentan a través de mi paseo, su paisaje ni abrupto ni del todo áspero, pero doliente. El acueducto caracteriza a la tela. Al fondo, el cielo amoroso confunde en un abrazo a la tierra, y entonces palidece el verde. La obra del ahora mi amigo, es una composición silueta, de fuerte cromatismo en sus realidades plásticas, vivas y actuales. El azul es color sereno, quizás gozoso cuando es de cielo. El verde, de promesa. El negro puede ser triste. Así habla cada color; pero puede el azul pasar inadvertido o tiznarse el verde de negro...

El amarillo preside la frugalidad y el patetismo de las mujeres comiendo, con su punteado umbrío, sobre la transparencia del pastel preparado en negro. El color brilla en el lápiz cera de esos cactus de grandes macetas. El ocre, empero, no es presagio triste en San Antonio, con su hábito marrón claro, y su rostro amoroso en su dulce y humilde ser (expresión). El Niño en sus brazos, con túnica rosada. Su contemplación libra el pecho de congojas y sume al ánimo en tranquilidad. Penetrando el «Ecce Homo» y «Sabiduría», el sentimiento se convierte en espiritualidad. Aquí los azules, rojos y amarillos, en sus tonalidades fuertes y vivas, tienen otra significación de mayor hondura. El color, en su función de actualizar la realidad cotidiana, modela la existencia concretada en el cartón. Quizás las calidades cromáticas también finan en el retrato de un abuelo en su lecho de muerte (que no expone, pero que yo he visto) matizado de amarillo dorado. Es triste, pero no amargo, en su término de ojos cerrados. Su rostro es frío y tranquilo; reposados los rosarios permanecen (descansan) sobre su pecho blanco. Después...

JOSÉ VALLÉS ROVIRA



Autorretrato de B. Massot